

## El desafío nuclear

Pedro Costa lleva escribiendo sobre el tema nuclear casi los mismos años que las centrales llevan construyéndose en nuestro país. Fue un pionero de la crítica al agresivo y reaccionario sector energético y de alguna manera un vidente, por así decirlo, de la amenaza mortal que pendía sobre nuestras cabezas. Yo he presenciado cómo



Pedro Costa Morata.

los intereses eléctricos y nucleares pagaban en publicaciones las respuestas a Costa Morata; respuestas que en un todo incoherente mezclaban desde los tradicionales alegatos a la ideología del autor, hasta la acusación de desconocimiento en el tema nuclear.

Sin embargo, el tiempo ha demostrado lo contrario: Pedro Costa sí conoce bien el tema nuclear y combate su aplicación porque la considera nociva para los países donde se implanta. Por el contrario, sus oponentes, que tampoco pueden alegar ignorancia, quieren imponer las centrales porque representa pingües beneficios y porque la conservación del medio y la propia seguridad de las personas parece no preocuparles demasiado.

En este su último libro (1),

(1) "Energía: el fraude y el debate". Edit. La Gaya Ciencia. Barcelona, 1978.

Pedro Costa hace una pausa y examina cómo están las cosas a la altura de este 1978 que ya se nos ha ido. Vuelve la vista hacia atrás y comprueba, probablemente divertido, que lo que empezó con polémica política y científica es, a estas alturas, pasto de la demagogia. Como subraya en un cierto punto el autor, la última y más reciente argumentación de los defen-

sores de la "nucleoestructura" es la ya vieja recurrencia al milenarismo, es ese "centrales o el caos" que hasta nuestros más serios diarios se complacen, de vez en cuando, en obsequiarnos. Pero, con todo, la oposición al desafío nuclear crece día tras día, a nivel de individuos, de grupos y de países. Incluso en España, país depredador del medio por excelencia, aumentan

las voces de rechazo, y la Administración lo acusa. Un examen medianamente atento de los tres planes energéticos (1975, y dos en 1978) es revelador: del triunfalismo de las mil y una centrales de 1975, a la modestia del programa nuclear del llamado "plan Sahagún", hay todo un abismo de tropiezos y fracasos.

Pero el libro de Costa Morata

## ADIÓS A LAS LETRAS

### Arroz para Fedra

La presencia de Nuria Espert en Madrid, donde ahora protagoniza Fedra, de Salvador Esprú, es siempre una invasión mediterránea.

En primer lugar, la actriz catalana se ha traído tres mil kilos de arroz de Valencia, la tierra en la que vive y en la que de vez en cuando preside mesas electorales. El arroz, producto mediterráneo, trágico y diminuto, que también alimenta a los vietnamitas que invadieron Camboya, sirve en la obra de Esprú para simular una playa. Si el arroz se hallara contaminado, no cabría duda alguna de que la de Fedra es también una playa mediterránea.

Una playa en Madrid es siempre una novedad teatral importante. Tenía que venir de la mano de Salvador Esprú, que conoce bien la sequedad histórica y trágica de la piel de toro, sobre la que ha escrito como un Séneca sin lágrimas y sin cicuta, un ser circunspecto que ni siquiera ha querido ver su propia obra, cuando Nuria Espert la presentó en Cataluña en versión original.

Por supuesto, tampoco ha estado Salvador Esprú en Madrid. Hubiera sido una novedad tan trascendental como esa playa de arroz situada en la albufera de la capital de España. La de Esprú, al revés que la presencia de Nuria Espert, no hubiera sido una invasión catalana en la villa central, ni hubiera sido un acontecimiento político, como el que protagonizó Tarradellas cuando abandonó Francia y se fue a Cataluña pasando por la Zarzuela.

Salvador Esprú se ha contentado con lanzar arroz sobre la piel de toro y se ha quedado en su refugio mediterráneo, observando con sigilo la tragedia humana que él quiso simbolizar en su obra. La tragedia adivinada y transcrita por Salvador Esprú cada día se parece más a la realidad. Destino dramático de los poetas, que adivinan sin querer que la mitología conforma al final el mismo suelo que pisamos.

La presencia de Esprú en Madrid hubiera sido un soplo luminoso del Mediterráneo, ese mar que disimula la vitalidad debajo de un

azul lento y sobrio, como el vaivén arrepentido de la sotana de un ermitaño.

Claro que el Mediterráneo no se merece tantos honores simbólicos, porque el pobre está hecho una pútrifa marítima, una superficie contaminada en la que ni los pájaros marinos que huyen de la marea negra de Galicia pueden resistir más de veinticuatro horas sin sufrir las consecuencias de la putrefacción. El Mare Nostrum vive de la mitología que le han creado los poetas, resiste pertrechado detrás de la ternura que inspira su nombre y se transporta por el mundo gracias a los miles de kilos de arroz que alienta.



Nuria Espert, en "Fedra", de Esprú.

Menos mal que el teatro no sólo está para cambiar la sociedad, sino que también es útil para llenar de alimentos los escenarios. Tío Vania, la obra de Chejov que Llovet adaptó para el TEC, está sobrecargada de vodka. Fedra está rodeada de arroz, porque al fin y al cabo, esta obra mediterránea y el amor sobre el que versa se sustenta de producto tan movetizo. Con Víctor García, Nuria Espert lo experimentó ya: por donde mejor camina es por encima de superficies que se mueven con la misma velocidad sinuosa que ella. ■ SILVESTRE CODAC.